

Andrés Malamud y Miguel De Luca
(coordinadores)

LA POLÍTICA EN TIEMPOS DE LOS KIRCHNER

 **eudeba**

Malamud, Andrés y De Luca, Miguel
 La política en tiempos de los Kirchner. - 1a ed. - Buenos Aires :
 Eudeba, 2011.
 336 p. : 23x16 cm. - (Lectores)
 ISBN 978-950-23-1860-8
 I. Ciencias Políticas. I. Título
 CDD 320



Eudeba
 Universidad de Buenos Aires

1ª edición: septiembre de 2011

© 2011
 Editorial Universitaria de Buenos Aires
 Sociedad de Economía Mixta
 Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires
 Tel.: 4383-8025 / Fax: 4383-2202
 www.eudeba.com.ar

Diseño de tapa: *Pablo Alexandrini & Paula Salzman*
 Corrección general: Eudeba

Impreso en la Argentina
 Hecho el depósito que establece la ley 11.723



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopias u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

ÍNDICE

Prefacio	9
<i>Luis Tonelli</i>	
Introducción	15
<i>Andrés Malamud y Miguel De Luca</i>	
A. INSTITUCIONES DE GOBIERNO	
Presidencia y vicepresidencia: otra difícil combinación	23
<i>Mario D. Serrafiero</i>	
Del príncipe y sus secretarios. Cinco apuntes sobre gabinetes presidenciales en la Argentina reciente	37
<i>Miguel De Luca</i>	
Control, Concerración, Crisis y Cambio: cuatro C para dos K en el Congreso nacional.....	49
<i>Mark P. Jones y Juan Pablo Miozzi</i>	
Notas sobre kirchnerismo y justicia	63
<i>Roberto Gargarella</i>	
B. ACTORES Y PROCESOS POLÍTICOS	
Reglas electorales y dinámicas políticas en la selección de candidatos. Cambios y continuidades de Alfonsín a los Kirchner	73
<i>Marta Inés Tula y Miguel De Luca</i>	

La política al interior de los partidos: peronismo, radicalismo y kirchnerismo	85
<i>Carla Carrizo</i>	
Las coaliciones kirchneristas	95
<i>Javier Zelaznik</i>	
Ni mucho gobierno de la opinión ni tanto regreso de la voluntad: bipartidismo recargado	105
<i>Andrés Malamud</i>	
La política provincial es política nacional: cambios y continuidades subnacionales del menemismo al kirchnerismo	115
<i>Carlos Gervasoni</i>	
La cultura política y el sentido común bajo el kirchnerismo	129
<i>Marcos Novaro</i>	
C. ACTORES SOCIALES	
Del gobierno de la emergencia al capitalismo selectivo: las relaciones Estado-empresarios durante el kirchnerismo	143
<i>Alejandro Bonvecchi</i>	
El sindicalismo argentino en la era pos-liberal (2003-2011)	155
<i>Sebastián Etchemendy</i>	
Entre la plaza y la Casa Rosada: diálogo y confrontación entre los movimientos sociales y el gobierno nacional	167
<i>Sebastián Mauro y Federico M. Rossi</i>	
“La madre de todas las batallas”: el kirchnerismo y los medios de comunicación	179
<i>Philip Kitzberger</i>	

D. POLÍTICAS PÚBLICAS	
La reforma de la política en los años kirchneristas	193
<i>Martin Alessandro</i>	
El kirchnerismo y las reglas de la competencia electoral: decisiones cruciales en la construcción de un proyecto político	205
<i>Gerardo Scherlis</i>	
Gobierno nacional, gobernadores e intendentes en el período kirchnerista	217
<i>Germán Lodola</i>	
Las políticas sociales de transferencias de ingresos: avances hacia una mayor equidad	229
<i>Fabían Repetto</i>	
Política de defensa y política militar durante el kirchnerismo	241
<i>Jorge Battaglini</i>	
La política exterior de los gobiernos kirchneristas	251
<i>Elsa Llendirrozas</i>	
CONCLUSION	
La fortaleza institucional argentina en 2003-2011	265
<i>M. Victoria Murillo</i>	
Materiales para el estudio del sistema político argentino (1999-2011)	277
<i>Javier Zelaznik</i>	
Sobre los autores	329

NI MUCHO GOBIERNO DE LA OPINIÓN NI TANTO REGRESO DE LA VOLUNTAD: BIPARTIDISMO RECARGADO

Andrés Malamud

Cuando Néstor Kirchner dejó la presidencia en manos de su esposa, a fines de 2007, se fijó un objetivo: “Voy a trabajar en la construcción de una herramienta institucional que debe ser plural y que incluya al PJ”.¹ Estaba a mitad de camino en un periplo que lo llevaría de regreso desde la aspirada transversalidad al deplorado “pejotismo”. El círculo se cerró cuando, en mayo de 2008, aceptó presidir el aparato burocratizado que tanto había criticado. La “herramienta institucional” que quiso construir, la Concertación Plural, ya había cumplido su función: garantizar la victoria electoral de Cristina Fernández. El experimento se extinguiría poco después, a medida que los radicales aliados del gobierno volvían a las filas opositoras. Atrás quedaba la convocatoria para “normalizar” el sistema de partidos en función del eje derecha-izquierda, idealizada por intelectuales como Juan Manuel Abal Medina y, sobre todo, Torcuato Di Tella. El intento llegó al extremo de renegar de los símbolos más caros al partido: “Qué la marchita se la metan en el culo”, espetó el multiministro Anbal Fernández durante la campaña electoral de 2007 a quienes criticaban al gobierno por aliarse con sectores no

1. *Perfil*, 4 de noviembre de 2007. Consultado el 30 de abril de 2011 en <www.diarioperfil.com.ar>.

peronistas.² La incapacidad del kirchnerismo para superar la “vieja política” y replazar a los partidos tradicionales insinúa una paradoja: si gana en octubre de 2011, será la primera vez que un mismo partido vence tres elecciones presidenciales consecutivas desde 1928. El éxito para continuar en el poder habrá, entonces, aliviado la frustración por no haberlo reformado.

1. La persistencia de los actores

En 1945, la política argentina se dividió en dos campos. De un lado, el peronismo; del otro, el resto. El campo peronista se expresó tradicionalmente a través del Partido Justicialista (PJ), su herramienta electoral. El campo no peronista nunca tuvo un representante único, pero el partido que lo encarnó con más éxito fue la Unión Cívica Radical (UCR). Hasta la década del 70, el peronismo se demostró imbatible en elecciones libres, mientras los candidatos radicales sólo llegaron al poder mediante la proscripción del partido mayoritario. Pero entre 1983 y 2001 se abrió un período de alternancia bipartidista, con dos victorias para cada partido. La crisis de 2001 amenazó con pulverizar este sistema de rotación, dividiendo a uno de los partidos y atomizando al otro casi hasta la extinción. Falsa alarma: en 2011, el peronismo se ha reconstituido y domina el escenario político; el radicalismo, que luce más frágil, se ha mantenido como segunda fuerza a nivel parlamentario, provincial y municipal, y está en proceso de aglutinar a la mayor parte de la oposición para las próximas elecciones presidenciales.

Con ciento veinte años de vida, la UCR es uno de los partidos más longevos de América Latina. Su supervivencia estuvo largo tiempo asegurada por la falta de alternativas y por la discontinuidad democrática. Pero una vez consolidada la democracia y ante el desafío planteado por nuevas fuerzas, es necesario entender su naturaleza para explicar su persistencia.

El radicalismo presenta tres características duraderas. La primera es que gobierna insatisfactoriamente, pero, contra la opinión convencional, es bastante eficiente en la competencia electoral. La segunda es que goza de un difundido arraigo territorial y, sin embargo, el aparato partidario sólo se puede conducir desde el centro (o sea, desde la ciudad y provincia de Buenos Aires). La tercera es que, no obstante la autoproclamada democracia interna, la única manera de renovar el liderazgo radical ha sido la muerte del líder.

Candidatos radicales han ganado, a lo largo del siglo XX, siete elecciones presidenciales: la primera en 1916, la última en 1999. El peronismo ha triunfado

en ocho oportunidades, si bien en un lapso menor. Pero ganar no es gobernar. El desinterés de la dirigencia radical por la gestión eficiente ha contribuido a que el partido no concluyese sus últimos cinco mandatos presidenciales: la última vez fue en 1928. En otras palabras, llega pero no dura.

La segunda característica es que el radicalismo obtiene mejores resultados en el Interior que en Buenos Aires, ciudad o provincia. Sin embargo, todos los liderazgos nacionales (Alem, Yrigoyen, Alvear, Balbín, Frondizi, Alfonsín y de la Rúa) han provenido de uno de estos dos distritos que, juntos, albergan casi la mitad de la población argentina. Cuando falta el liderazgo metropolitano, el partido parece desmembrarse en espasmos autonómicos. Los caudillos provinciales han probado ser eficaces preservadores del partido en tiempos difíciles, pero nunca han logrado proveerlo de una conducción nacional.

La tercera especificidad radical es su procedimiento para renovar el liderazgo. A pesar de que la obsesión por las elecciones internas le da al partido una dinámica propia, nunca en su historia la conducción nacional fue reemplazada mediante este mecanismo. Desde Alem hasta Balbín, pasando por Yrigoyen y Alvear hasta llegar a Raúl Alfonsín, sólo el fallecimiento del líder permitió el recambio dirigencial. La coincidencia entre ciclo de liderazgo y ciclo biológico ha tenido un fuerte impacto sobre la UCR: en cada fin de ciclo, su dirigencia aparece envejecida y su organización esclerosada.

Competitividad electoral combinada con mala gestión, conducción metropolitana centralizada y dependencia del ciclo vital del liderazgo: estas tres características radicales son, llamativamente, la antítesis del otro partido. En primer lugar, el peronismo aprendió a durar en el gobierno: después de tres períodos interrumpidos (1955, 1973 y 1976), se sucedieron cuatro culminaciones exitosas de mandato. En segundo lugar, el peronismo también se gobierna desde el centro, pero provenir de los márgenes, sean geográficos o partidarios, no es impedimento para llegar a la cúpula: tanto Menem como Kirchner eran gobernadores rebeldes de provincias pequeñas; no obstante, una vez instalados en la Casa Rosada, ambos consiguieron alinear al PJ detrás de políticas de ruptura con la tradición. Finalmente, y pese a su alegado verticalismo, el peronismo ha desarrollado una práctica de renovación interna que ha llevado a la cima a cuatro líderes nacionales distintos en apenas 30 años. Vicente Saadi, Antonio Cafiero, Carlos Menem y Néstor Kirchner no apelaron al ciclo biológico para conquistar el poder partidario, sino a la competencia electoral.

La flexibilidad adaptativa del peronismo se manifiesta en sus procesos de nominación de candidatos e ingeniería electoral (Mustapic, 2002). Los mecanismos más utilizados para la selección de candidatos en Argentina son dos: uno formal, las elecciones internas; y otro informal, los acuerdos de cúpula. A ellos el peronismo ha agregado un tercer procedimiento, que consiste en permitir que

2. Testimonio al autor de un intendente bonaerense.

varios candidatos del partido compitan entre sí en elecciones generales. Sembrante permiso no está formalizado, pero se sustenta en el hecho de que nadie ha sido expulsado del peronismo por competir por fuera del partido. El argumento es que el movimiento justicialista es más amplio que el partido y puede, por ende, presentar diversas candidaturas. Como la estructura del PJ no impone costos de reingreso, es posible confrontar la lista oficial en una o más elecciones y luego retornar al partido. Un cuarto recurso, generalmente aplicado cuando el PJ se halla en el poder, consiste en manipular las reglas electorales —mediante “gerrymandering”, ley de lemas o reestructuración del calendario electoral— para favorecer a ciertos candidatos partidarios en desmedro de otros y frente a los demás partidos. En resumen, existen cuatro formas de selección de candidatos: informal desde adentro (acuerdos de cúpula), formal desde adentro (internas), informal desde afuera (división del partido) y formal desde afuera (manipulación de reglas electorales). El peronismo ha recurrido a todas con resultados favorables.

La fluidez interna del PJ produjo al menos dos consecuencias significativas en los 90 (Levitsky, 2003). Por un lado, permitió la candidatura exitosa de extra-partidarios y su posterior absorción. Por el otro, facilitó los virajes programáticos llevados a cabo durante el gobierno de Menem, primero, y el de Kirchner, más tarde. Esto fue posible por la tendencia de los caudillos peronistas a alinearse detrás de los líderes que ocupan cargos públicos: dado que los puestos partidarios son tenidos en baja estima, el control del Estado significa control del partido. Así, el PJ ha sobrevivido a los golpes militares, la proscripción, las derrotas electorales y las catástrofes económicas, así como a dos giros programáticos abruptos y opuestos entre una década y otra, sin menguar su base electoral ni su poder organizacional. El arraigo social que permite a mucha gente *ser peronista* en lugar de simplemente *votar por el peronismo*, combinado con un notable grado de flexibilidad institucional, resultó una fórmula exitosa para adaptarse a tiempos difíciles (Ostiguy, 1998).

2. La persistencia sistémica

En 2003, Néstor Kirchner llegó a la presidencia con el 22% de los votos; en 2007, Cristina alcanzó el 45%. Los números son claros: quienes no los votaron fueron mayoría en ambas elecciones. Eso no resta legitimidad a sus mandatos, pero muestra que la hegemonía kirchnerista es un temor opositor más que una realidad electoral.

En el Senado la dominación peronista es más evidente, gozando de la mayoría absoluta desde 1989. Hoy, a pesar de varias subdivisiones partidarias, sólo tres bloques reúnen más de dos senadores: el oficialista Frente para la Victoria (FpV,

con alrededor de 30 senadores), la UCR (entre 14 y 18) y el peronismo federal (una docena). La otra veintena de grupos parlamentarios es uni o bipersonal.

En la Cámara de Diputados el oficialismo tuvo mayoría durante la gestión de Kirchner, pero la perdió durante la de Cristina. Actualmente, sólo cinco bloques exhiben una membresía de dos dígitos: el FpV-PJ (86), la UCR (43), el Peronismo federal (28), la Coalición Cívica (19) y el PRO (11). Considerando que de la restante treintena muchos constituyen satélites del PJ o de la UCR, resulta claro que tampoco en esta arena asoma un desafío a la diarquía peronista-radical. Y las divisiones intrapartidarias tampoco son una novedad ni tienen consecuencias significativas: durante buena parte del gobierno de Alfonsín, los diputados peronistas estuvieron divididos en cuatro bloques.

Más allá de las instituciones federales, en la política territorial de provincias y municipios dominan los mismos dos partidos que a nivel nacional —y el paisaje también es más proclive al peronismo. Desde 1983, de 164 elecciones para gobernador, el peronismo conquistó 103 mandatos y el radicalismo 39. Los demás vienen muy atrás: ocho fuerzas provinciales se repartieron 18 gobernaciones, de las cuales siete fueron para el Movimiento Popular Neuquino. ¿Y los otros partidos nacionales? Sólo en cuatro oportunidades obtuvieron gobernaciones, incluyendo las tres actuales: Capital Federal, Santa Fe y Tierra del Fuego, cuyo partido oficialista, sin embargo, ya se provincializó. Elíjase cualquier año de los últimos veinte y se confirmará que el peronismo gobernaba entre 12 y 16 provincias, el radicalismo entre 4 y 6 y diferentes partidos se repartían las demás.

En la amplia geografía política argentina, tres es multitud. Todas las fuerzas que aspiraron a terciar en el duopolio o a sustituir una de sus patas surgieron en la Capital o la provincia de Buenos Aires. Sin embargo, la mayoría de los gobernadores y legisladores es elegida en las restantes provincias. Así, las nuevas fuerzas consiguen muchos votos en Capital o Buenos Aires, pero como esos votos no se transforman en cargos ni en políticas, sus receptores languidecen y terminan marchitándose después de un par de elecciones. Los dos distritos mayores son también aquellos en los cuales la mengua del radicalismo favorece la emergencia de terceras fuerzas: en el resto del país, su declinación no es aprovechada por un tercero, sino por el peronismo, sea unido o escindido. Dividirse y reagruparse es una estrategia de manual para un partido tan dúctil.

¿Por qué no ha aparecido una tercera fuerza nacional que desplace al radicalismo, al justicialismo o a ambos? Desde el regreso a la democracia, en 1983, hubo varios intentos de construcción de opciones electorales que amenazaron quebrar el duopolio: el PI de Oscar Alende, la UCeDé de Alvaro Alsogaray, el MODIN de Aldo Rico, el FREPASO de Chacho Álvarez, la AR de Domingo Cavallo, el ARI de Elisa Carrí, RECREAR de Ricardo López Murphy y el PRO de Mauricio Macri. Además de probables errores de estrategia, existen factores

institucionales que explican el fracaso de estos intentos. El sistema electoral, aunque formalmente proporcional, limita la representación de las minorías debido a la pequeña magnitud de los distritos electorales y a la sobrerrepresentación otorgada a las provincias menos pobladas y con sociedades más tradicionalistas. De ese modo, favorece a la periferia respecto a los centros urbanos, al peronismo respecto al radicalismo, y al peronismo y el radicalismo respecto a terceras fuerzas. Este sesgo pro-mayoritario y periférico (Calvo *et al.*, 2001) resulta potenciado por el hecho de que la Cámara de Diputados se renueva por mitades, lo que no acontece en ninguna otra Cámara baja del mundo. El principal efecto es que la Cámara, en un momento dado, no refleja la distribución de preferencias de la última elección, sino de las dos últimas, diluyendo en el tiempo el impacto de un buen desempeño electoral por parte de partidos no establecidos —y que, por lo tanto, tienen mayor dificultad para mantenerse. Corolario: la democracia argentina es un cementerio de nuevos partidos, y sin reformas institucionales no hay razones para esperar distintos resultados en el futuro. Al contrario: la implementación de las primarias abiertas, simultáneas y obligatorias (PASO) parece haber potenciado el bipartidismo, al fijar un umbral electoral que limita la participación de pequeños partidos en las elecciones generales y, sobre todo, al aumentar la importancia de la fiscalización partidaria de las elecciones. Con “un cura en cada pueblo”, como solía decir Raúl Alfonsín, sólo dos aparatos partidarios están en condiciones de garantizar la efectiva contabilización de sus votos en todo el país. Pero eso no significa que estos aparatos sean cohesionados, mucho menos centralizados.

En sistemas presidencialistas y federales, los partidos cohesionados son la excepción antes que la regla. Si en Argentina peronistas y radicales parecieron funcionar disciplinadamente durante décadas, eso se debió a las interrupciones institucionales. Una vez que la democracia adquirió continuidad, los partidos nacionales fluyeron lentamente hacia un punto de equilibrio: hoy se asemejan más bien a confederaciones de partidos provinciales.

Las provincias constituyen la base de poder político, sobre todo para los partidos que detentan las gobernaciones. El control de las carreras partidarias, de los recursos presupuestarios y de los aparatos de fiscalización electoral garantiza a los líderes provinciales herramientas poderosísimas. Las terceras fuerzas que surgen regularmente en la Capital o el Gran Buenos Aires carecen de esa penetración territorial y por eso se extinguen luego de algunas elecciones prometedoras. El PJ y la UCR sobreviven gracias a su arraigo en el Interior del país, a lo que el primero suma una mayor flexibilidad adaptativa. La resiliencia del peronismo se debe también a la capacidad de reinventarse cada década. La del radicalismo depende más de factores externos: las reglas electorales, que penalizan a las nuevas fuerzas, y la persistencia de identidades sociales no peronistas, que ter-

minan concentrándose en el partido focal. Estas identidades son principalmente urbanas, de clase media y con mayores niveles de educación: por eso, en 2011 el radicalismo alinea sólo cuatro gobernadores pero administra diez capitales de provincia, tantas como el peronismo. La inserción radical en las ciudades, más modernas y cosmopolitas que los suburbios, ha frenado la declinación partidaria.

Peronistas y radicales nunca construyeron organizaciones programáticas. Su arraigo popular se basaba en una identificación social antes que en una preferencia ideológica. En el voto peronista predomina un fuerte componente de clase, lo cual, por lógica especular, también es cierto en el voto no peronista. Los estudios muestran que los trabajadores manuales argentinos tienen más lealtad electoral por el partido que alega representarlos que la que los obreros europeos exhiben por sus partidos socialdemócratas. La novedad que aportó Menem en los 90 fue sumarle a esta base popular el voto de sectores de las clases altas, mientras que la de Kirchner consistió en agregarle el apoyo de grupos de clase media que compensaron el alejamiento de los sectores altos. En las elecciones de 2007, que permitieron vislumbrar la derrota de 2009, los dos agregados se retrajeron, dejando al desnudo la naturaleza de clase del voto peronista —apenas disimulada por el aporte que los radicales K realizaron en algunas provincias. Pero el desempeño mediocre de la fórmula Fernández-Cobos en las grandes ciudades dejó claro que la mengua del radicalismo no extinguió el espacio no peronista, en el que pueden generarse ofertas alternativas. Estas proceden indistintamente de la izquierda, la derecha o el centro, porque el espectro ideológico izquierda-derecha se superpone cada vez menos con las divisiones de clase y, como argumenta Ostiguy (1998), en Argentina esta falta de correspondencia aumenta por la saliencia del clivaje peronismo-no peronismo.

Actualmente, el sistema de partidos argentino aparece descentrado, con caudillos provinciales que controlan los mecanismos de financiamiento político y nominación de candidatos y están en condiciones de manipular paqueteros electorales y negociarlos con otros caudillos. En Argentina esta situación no es novedosa: así funcionó la república posible entre 1880 y 1916. Entre 1916 y 1930, los gobiernos radicales apenas revisitaron al sistema con el barniz de un liderazgo nacional. Fue la aparición del peronismo en 1946 la que determinó la nacionalización de los alineamientos partidarios, y sigue siendo su presencia la que vertebra el sistema de partidos. Todo indica que, mientras exista el peronismo, seguirá habiendo asimetría entre los principales jugadores, pero no habrá lugar para más de dos.

3. Conclusiones sobre bipartidismo y gobernabilidad

Desde 1946, sólo radicales y peronistas ganaron elecciones presidenciales, pero únicamente los segundos aprendieron a culminar mandatos. Sobresalen dos hipótesis para explicar este fenómeno. La primera sugiere que el peronismo gobierna bien y el radicalismo mal. La segunda no se centra en la capacidad de gobierno, sino de movilización: investigaciones recientes muestran que la nueva inestabilidad presidencial en América Latina tiene como factor detonante a las protestas callejeras. En otras palabras, no basta la incompetencia propia o la conspiración ajena para voltear un gobierno; hace falta, además, que el pueblo salga a la calle. Y en Argentina nadie es tan exitoso para movilizar —o desmovilizar— las masas como el peronismo. Véase, si no, el contraste entre las dos grandes manifestaciones de la última década, la que llevó a la caída de de la Rúa y la que derivó en la beatificación de Julio Cobos. La primera, una combinación de piquetes, cacerolazos y saqueos, fue instrumentalizada por el peronismo para volver al poder; la segunda, en cambio, fue provocada por sus propios errores. El desarrollo y desenlace de ambos procesos resulta incomprensible si no se entiende el rol jugado por los líderes nacionales y territoriales del peronismo. El hecho de que de la Rúa haya caído y Cristina resistido muestra cuál de los dos tenía como base de apoyo al partido capaz de retomar el control de la calle. Así, la causa de la inestabilidad gubernamental no reside únicamente en las características “estratales” de los partidos —buenos o malos administradores—, sino, sobre todo, en las “sociales” —buenos o malos (des)movilizadores.

En tiempos recientes se ha puesto de moda referirse a la crisis de representación y a la desnacionalización del sistema partidario. El primer concepto alude al distanciamiento de los ciudadanos respecto de los partidos; el segundo, al proceso por el cual la distribución de bancas obtenidas por los partidos es cada vez más heterogénea en términos territoriales, o sea, entre una provincia y otra. Si la crisis de representación es universal en su alcance y banal en su significado, la desnacionalización tiene consecuencias dignas de consideración porque torna más compleja la coordinación intra e interpartidaria. La interacción partidaria tiene lugar, así, en cuatro niveles: el presidencial, el senatorial, el de diputados y el provincial. Los tres primeros son nacionales, pero influyen y son influenciados por el cuarto.

En términos de Sartori (1980), el sistema partidario a nivel presidencial puede definirse como bipartidista en el formato y predominante en la mecánica: sólo dos partidos pueden ganar las elecciones, pero uno lo hace con mayor frecuencia. A nivel senatorial, la configuración es marcadamente predominante, con el peronismo en mayoría permanente; en contraste, en la Cámara baja el sistema es pluralista moderado, dado que las mayorías absolutas son infrecuentes y, por

lo tanto, las coaliciones son necesarias. En los tres niveles aparecen regularmente tercetos en disputa, pero la mecánica de la competencia se ha mantenido bipolar. Si bien se ha producido un descongelamiento progresivo de los alineamientos electorales, dos factores explican por qué radicales y peronistas perduran como únicas opciones de poder. Por un lado, los efectos reductores de los dispositivos electorales han permitido al duopolio gozar de una amplia sobrerrepresentación parlamentaria; por el otro, el arraigo local y provincial de los partidos tradicionales ha actuado como colchón y reserva de apoyos en tiempos de crisis, y como mecanismo de movilización y fiscalización electoral de modo permanente. En palabras de Leiras (2004: 533), “la historia política argentina permitió a los grandes partidos consolidar organizaciones en cada provincia y en cada pueblo del país. Las reglas de la política argentina los inducen a conservarlas”.

Lo dicho sugiere no sobrestimar el proceso de descomposición política manifestado a partir de las elecciones de octubre de 2001 y que llegó a la apoteosis dos meses después. A nivel electoral y partidario, el rechazo de la ciudadanía a la dirigencia establecida encontró su foco en las concentraciones metropolitanas, pero en la mayoría de las provincias y municipios la política tradicional y sus representantes no sufrieron cuestionamientos significativos. Además, el supuesto descongelamiento del sistema de partidos se demostró asimétrico: aunque la desafección ciudadana y el rechazo a los partidos hayan sido generalizados, lo que más se resintió no fue la mecánica de interacción partidaria sino uno de sus dos campos, el no peronista. A este sector pertenecen aquellos a quienes Torre (2003) ha llamado “los huérfanos de la política de partidos”. Los meses posteriores al colapso dieron pabullo a lecturas de *crisis orgánica* y espejismos sobre un *gobierno sustentado en la opinión pública*, pero las elecciones subsiguientes consolidaron al peronismo en el centro de la escena y fueron restituyendo a la UCR su lugar de segunda fuerza. Conviene recordar que el escenario de un campo peronista oscilante pero estable y uno opositor fragmentado, concentrado mayormente alrededor de la UCR, no es nuevo: así se configuró la competencia partidaria en Argentina desde 1946 —y así sobrevive hasta hoy, a pesar del esfuerzo de la *voluntad kirchnerista* por rediseñarlo. Cierro: bajo la superficie, los partidos nacionales siguen encubriendo heterogéneas coaliciones de elites provinciales, tal como ocurría antes de 1946. Este fenómeno no es excepcional: los partidos de países presidencialistas y federales son siempre menos homogéneos que sus semejantes en regímenes parlamentarios. En este aspecto, Argentina es un país normal.

Bibliografía

- Calvo, Ernesto, Mariela Szwarcberg, Juan Pablo Micozzi y Juan Facundo La-banca (2001): "Las fuentes institucionales del gobierno dividido en la Argentina: sesgo mayoritario, sesgo partidario y competencia electoral en las legislaturas provinciales argentinas", en E. Calvo y J. Abal Medina (eds.), *El federalismo electoral argentino: sobrerrepresentación, reforma política y gobierno dividido en la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba.
- Leiras, Marcelo (2004): "Organización partidaria y democracia: tres tesis de los estudios comparativos y su aplicación a los partidos en Argentina", *Revista SAAP*, Vol. 1, N° 3.
- Levitsky, Steven (2003): *Transforming Labor-Based Parties in Latin America. Argentine Peronism in Comparative Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Mustapic, Ana María (2002): "Del Partido Peronista al Partido Justicialista. Las transformaciones de un partido carismático", en M. Cavarozzi y J. Abal Medina (eds.), *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Rosario, Homo Sapiens.
- Malamud, Andrés (2004): "El bipartidismo argentino: Evidencias y razones de una persistencia (1983-2003)", *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, N° 14.
- Ostiguy, Pierre (1998): "Peronism and Anti-Peronism: Class-Cultural Cleavages and Political Identity in Argentina", Ph.D. Dissertation, Department of Political Science, University of California at Berkeley.
- Torre, Juan Carlos (2003): "Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria", *Desarrollo Económico*, Vol. 42, N° 168.
- Sartori, Giovanni (1980): *Partidos y sistemas de partidos*, Madrid, Alianza.